

**LA BIBLIOTECA PÚBLICA EN MÉXICO.
SU HISTORIA, SU FUNCIONAMIENTO Y
ORGANIZACIÓN, Y PERSPECTIVAS
PARA EL FUTURO ***

LA BIBLIOTECA PÚBLICA en México es el tema que se me ha indicado exponga en esta breve plática, en la que procuraré sintetizar algo de lo más importante de su historia y desarrollo.

Larga tradición tiene la biblioteca en México, los autores que han tratado de la civilización de los antiguos pueblos que ocuparon nuestro territorio, nos dicen que tanto en el imperio de los mexicas como en otros reinos, existieron verdaderas bibliotecas que albergaban valiosos manuscritos o códices pictóricos. Desgraciadamente desde antes de la Conquista, estos tesoros históricos empezaron a sufrir la destrucción a causa de las continuas guerras entre los pueblos indígenas, y casi su completa extinción al arribar los conquistadores y durante los primeros años de su gobierno. Los vencidos ocultaron los que habían quedado y muchos se destruyeron con el tiempo; más tarde la mayor parte de los que aún existían fueron llevados al extranjero.

Numerosas fueron las bibliotecas fundadas después de la Conquista; a partir de 1536 los misioneros se afanaron en formarlas tanto en los conventos como en las instituciones educativas, y muchas de ellas llegaron a ser muy valiosas. Es digna de nombrarse para nuestro objeto, la Biblioteca de la Catedral de México, o Turrriana, llamada así en honor de sus fundadores los canónigos Torres, que fue la primera biblioteca pública que se abrió en la ciudad de México, el año de 1788.

Después de la Independencia, debido a las continuas revoluciones, pasiones políticas y a las Leyes de Reforma, las bibliotecas citadas fueron desmembradas casi en su totalidad, consumándose esa desmembración durante los años de nuestra última Revolución. Muchos libros fueron destruidos o perdidos y con otros se comenzaron a equipar algunas bibliotecas, entre ellas la Nacional de México y las de varios Estados de la República.

Tanto en México como en algunos Estados se establecieron bibliotecas gubernamentales, dependientes del gobierno federal, del

* Conferencia dictada el 13 de noviembre de 1967.

de los Estados y municipios, así como en las universidades y escuelas, y en varias instituciones, sociedades y academias.

Fue en junio de 1921 cuando el licenciado José Vasconcelos, entonces rector de la Universidad Nacional y más tarde secretario de Educación Pública, puso los cimientos del nuevo movimiento bibliotecario, el espíritu del gran educador marcó una nueva era a la biblioteca como servidora del pueblo, colaboradora indispensable de la escuela, continuadora de su obra, o sustituta de ella en algunos casos. A su iniciativa se debe la fundación de la Dirección de Bibliotecas y de las bibliotecas públicas, creadas con los fines antes dichos y para que fueran auxiliares en la campaña que emprendió contra el analfabetismo.

Al ser instituida la Secretaría de Educación Pública, la Dirección se transformó en Departamento de Bibliotecas, al que se asignaron suficientes fondos para llevar al cabo su labor. Con la eficaz y activa colaboración del doctor Jaime Torres Bodet, jefe de dicho Departamento, se fundaron importantes bibliotecas públicas dotadas de magníficas colecciones de libros, formadas con la adquisición de las bibliotecas de algunos hombres de ciencia en diversas especialidades, y por la compra de obras cuidadosamente seleccionadas, a fin de que llenaran las necesidades de los diferentes grupos sociales y de los distintos niveles culturales.

En octubre de 1923, se inauguró la Biblioteca Pública de la Secretaría de Educación Pública, que contaba también con una sala infantil artísticamente decorada y dotada con un extenso acervo de libros para niños. Fue esta una magnífica institución que sirvió de modelo a las que se fundaron después, por lo que es de lamentar que haya desaparecido.

La Biblioteca Miguel de Cervantes Saavedra se abrió al público en enero de 1924; está situada en un edificio construido especialmente para ese objeto, y además de su amplio salón de lectura cuenta con una sala infantil. Lo mismo que la anterior, tenía una excelente colección de libros y una buena organización.

En abril del mismo año se fundó la Biblioteca Iberoamericana, destinada a reunir la producción intelectual de la América Latina. Estaba dotada de una notable y vasta colección de obras de autores de los países hispanos y de Brasil, muchas de ellas desconocidas en México en esa fecha. Es de deplorarse que una gran cantidad haya desaparecido, pues actualmente serían un acervo fundamental pa-

ra la que con el mismo objeto se ha instituido últimamente en el mismo local.

A la vez se fundaron en la ciudad de México y en las municipalidades del Distrito Federal, bibliotecas medianas y pequeñas, tanto públicas como escolares.

La Biblioteca de Ciencias Sociales fue fundada en 1925; en ella se reunieron colecciones llevadas de otras bibliotecas, de obras sobre política, organización de los gobiernos, economía, derecho y una magnífica dotación de leyes del país y extranjeras. Esta institución también desapareció.

Es justo recordar a los primeros directores y organizadores de las cuatro bibliotecas principales antes citadas, que pusieron los fundamentos sobre los que se desarrollaron las que en ese tiempo se establecieron. María Luisa Maldonado que adquirió en Estados Unidos conocimientos de biblioteconomía nuevos en nuestro medio y organizó la biblioteca de la Secretaría y la Cervantes. El licenciado Emilio Baz y Malo, erudito y diligente, profundo conocedor de la Clasificación Decimal Universal que tradujo completa, pero desgraciadamente no pudo publicarla; clasificó la Biblioteca de la Secretaría, la Cervantes y la Iberoamericana de la que fue director. El ingeniero Mario Enríquez muy versado también en la clasificación, fue director de la Biblioteca de Ciencias Sociales. Joaquín Díaz Mercado culto y activo que dominó la ciencia bibliotecaria y trabajó intensamente en la Biblioteca de la Secretaría y en otras varias.

El Departamento de Bibliotecas ha seguido su curso y con altas y bajas ha sostenido la mayor parte de las establecidas en los primeros años de su creación y fundado en la ciudad de México, el Distrito Federal y algunos Estados, bibliotecas públicas tanto para adultos como para niños y jóvenes; así como en las escuelas primarias y secundarias, y en otras instituciones.

En el año de 1940 el Departamento del Distrito Federal, a iniciativa de don Francisco Gamoneda, fundó bibliotecas públicas para obreros y campesinos, en las distintas delegaciones y en algunas colonias de la ciudad.

La Biblioteca de México, ubicada en la antigua Ciudadela, fue inaugurada en noviembre de 1946, por el señor presidente de la República general Manuel Ávila Camacho, siendo secretario de Educación Pública el doctor Jaime Torres Bodet y su primer director el licenciado José Vasconcelos. Tiene seis amplias salas: la de investigadores, la de consulta, la de revistas y periódicos, la de lec-

tura general, la de estudio y la infantil. Cuenta con una valiosa colección de obras de consulta: la de historia de México que perteneció al señor Carlos Basave y del Castillo Negrete, la de filosofía del doctor Antonio Caso, y un extenso acervo de obras de todas las ciencias, destinado al préstamo en la sala general y al de domicilio, con un total de 85,650 volúmenes. Tiene registrados 11,000 lectores a domicilio, y un promedio de asistencia diaria de 1,000 lectores, los que algunos días han llegado a 1,900. De las personas que asisten a la Biblioteca, 33% son estudiantes de carreras profesionales, 37% de preparatoria y vocacional; 15% de secundaria y prevocacional; 8% de lectores en general, 2% de investigadores y 5% de niños. El porcentaje de materias que más se leen o estudian es: 23% de ciencias puras, preeminentemente matemáticas, física y química; 21% de ciencias aplicadas, particularmente medicina, ingeniería en todas sus ramas y comercio; 12 de ciencias sociales, especialmente economía, derecho y educación; 12 de obras generales, 9 de historia, 9 de literatura, 5 de novelas y cuentos, 4 de filosofía, 2 de arte, 2 de lingüística y 1 de religión.

Respecto a su organización y funcionamiento, la Biblioteca emplea la Clasificación de Melvil Dewey, los números de autor de Cutter Samborn, la catalogación de la American Library Association y los encabezamientos de materia de la Biblioteca del Congreso de Washington, todo debidamente adaptado a la idiosincrasia y necesidades de nuestro pueblo. Tiene además del catálogo diccionario para uso del público, catálogos topográficos, de autoridad de autores, de autoridad de materia, de adquisiciones, de control y de obras enviadas a la encuadernación. El 40% de los empleados han cursado la carrera de biblioteconomía como profesionales o subprofesionales, el resto desempeña los trabajos administrativos, los de rutina, y los manuales. Como se ha dicho, presta los libros a domicilio, pero no permite al público el acceso a la estantería. Tiene turnos matutino y vespertino, pero en fecha muy próxima dará servicio continuo.

El Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública, como anteriormente se dijo, controla las bibliotecas públicas y escolares establecidas en la ciudad de México, las de las municipalidades del Distrito Federal, las de algunos Estados de la República, y tiene unas pocas en el extranjero. En la mayor parte hay catálogos diccionarios y topográficos, y emplean el sistema de clasificación decimal, ya sea Dewey o Internacional. Algunas prestan libros a domicilio, pero no permiten al público acceso a los estantes.

Tienen turno matutino y vespertino y unas de ellas, nocturno. El Departamento no cuenta con una oficina donde se centralicen los procesos técnicos a fin de que los libros lleguen a sus bibliotecas clasificados y catalogados.

En las bibliotecas del Departamento Central se usa también la clasificación decimal y hay catálogo diccionario y topográfico. Una oficina central tiene a su cargo los trabajos técnicos necesarios para distribuir los libros en las bibliotecas, listos para ponerlos al servicio del público.

La Biblioteca Nacional, la del Congreso de la Unión y la Benjamín Franklin, sirven al público en general y tienen numerosos lectores; en ellas, lo mismo que en las anteriormente citadas, los estudiantes de todos los grados dan el mayor porcentaje de asistencia, esto se debe a la falta de bibliotecas en algunas escuelas, a su deficiencia en otras o a la gran cantidad de alumnos que hay en muchas de las instituciones educativas, por lo que aunque algunas tengan bibliotecas bien organizadas y dotadas, no son suficientes para llenar las necesidades de alumnos y maestros.

Hemos dado una somera idea de lo que son y han sido nuestras bibliotecas públicas, pensemos lo que éstas actualmente deben ser y hagamos un gran esfuerzo para cimentar sobre la sólida base de la tradición, una estructura moderna que esté de acuerdo con las mutaciones del momento y que sea susceptible de avanzar aún más en el futuro. La gran tarea está en nuestras manos y debemos sentir la urgencia creciente de adaptarlas a las necesidades de los lectores, a los rápidos progresos de la ciencia, la investigación y la mecanización, y a los medios con que contemos para realizar una obra de ese alcance.

El primer paso que hay que dar para identificar las bibliotecas con el mundo actual, es procurar que abran ampliamente sus puertas a ese mundo más extenso, y el segundo, que salgan fuera de sus muros y tomen parte activa en la vida de la comunidad. Este proceso se desarrollará paulatinamente, pero las primeras tareas para lograr la transición de instituciones pasivas a activas forma una parte vital de su interesante labor.

A muchas de nuestras bibliotecas concurren numerosos lectores, pero como hemos visto en su inmensa mayoría estudiantes; procuremos en todas formas atraer por medio de una atinada selección de libros, y de un trato especial según sus inclinaciones y aspiraciones, a adultos y ancianos, a ricos y pobres, a personas cultivadas o

ignorantes, a los de todas las profesiones u oficios, creencias y opiniones políticas. Que no sólo los niños y los jóvenes tengan a su disposición las obras necesarias para su estudio y recreación, sino que el adulto pueda completar o adquirir una instrucción general, o documentarse sobre todas las materias que le interesen. Que el ama de casa encuentre sugerencias para organizar su hogar y responder a las múltiples preguntas de sus hijos. Que el agricultor pueda consultar obras sobre la cría de animales, las siembras, las cosechas y la lucha contra las plagas; y el obrero encuentre toda clase de obras sencillas referentes a los numerosos oficios y trabajos que las exigencias del mundo actual han hecho indispensables. Que el maestro, el conferencista, el periodista, el escritor, el erudito, tengan a mano los datos necesarios sobre los hechos y los descubrimientos recientes, así como las obras clásicas, imprescindibles para sus cursos, conferencias, artículos e investigaciones.

En fin, que debido al material comprensible e imparcial reunido en la biblioteca, el ciudadano no sólo pueda adquirir la información relativa a su trabajo o profesión, sino aprender a conocer y a juzgar las cuestiones y los problemas políticos y sociales de interés nacional e internacional. Por encima y fuera de partidos y querellas, debe ofrecer asilo a las obras de los pensadores de todas las épocas, de todos los países, de todas las opiniones, pues la mejor manera de comprenderse es conocerse mejor. La biblioteca será de esta manera, no sólo agente de perfeccionamiento individual y fuente inagotable de gozo e interés, sino también de paz entre los pueblos.

Se ha iniciado últimamente una campaña a favor de la comunicación social por medios auditivos y visuales, difundidos hacia un ambiente impersonal de público y de lectores, considerando que esta forma de comunicación es más penetrante que la educación. Su objeto es que el conocimiento de los negocios públicos y de las múltiples actividades privadas de una sociedad como la actual, se extienda a través de un área continental, que se establezcan activas relaciones comerciales, políticas y culturales con los pueblos de todo el mundo, lo que sería difícil sin los servicios de los periódicos diarios, las revistas, los libros, los folletos y los documentos, así como de los discos fonográficos, la radio, el cine y la televisión. Todos juntos realizan una activa función social, y la biblioteca pública reuniendo y distribuyendo libros, revistas, toda clase de impresos y los materiales audiovisuales apropiados a su índole, debe desempeñar parte de esta función, y no sólo cooperar con otros organismos en

la labor total, sino considerar estas actividades como orgánicamente afines a ella.

La campaña de la comunicación social es muy reciente, pero tan rápida y fundamental, que se le ha llamado la revolución de las comunicaciones en el siglo veinte; es cierto que se inició hace varias centurias con la invención de la imprenta y prosiguió a través de ellas con el uso de las máquinas impresoras de potencia eléctrica y el continuo adelanto de las artes gráficas. Pero la aplicación de la fotografía a la reproducción rápida de textos en papel o en película y la trasmisión electrónica de libros página por página, así como el envío de imágenes, sonidos y palabras por impulso eléctrico, han ejercido una influencia tan grande y poderosa en nuestra vida social, política y cultural, que algunos opinan que es superior a la que causó la invención de la imprenta en el siglo dieciséis.

Hasta ahora la cooperación de las bibliotecas en la comunicación social ha sido muy reducida, a pesar de que algunas albergan miles de libros en sus estantes, quizá debido a que los otros medios son más copiosos y atractivos, como los periódicos diarios y las revistas baratas que se difunden por millares, las salas de cine que muchas veces son más numerosas que las bibliotecas bien equipadas, y la radio y la televisión que llegan continuamente a los hogares. Un estudio hecho en el vecino país del norte ha demostrado que entre los adultos, un 85 a 90% leen al día cuando menos un periódico, un 60 a 70% leen una o más revistas, un 45 a 50% concurren al cine una o varias veces a la semana, un 90 a 95% escuchan la radio en diferentes horas del día y ven televisión durante dos o tres horas. En contraste, una cuarta parte de la población tiene el hábito de la lectura de libros, 25 a 30% leen uno o más al mes, y 50% afirman haber leído al menos uno en todo un año.

Si nosotros hacemos un estudio al respecto, quizá nuestras cifras resulten más desconsoladoras, por esto es necesario que no estemos satisfechos por la gran cantidad de elemento estudiantil que llena nuestras bibliotecas, pues las estadísticas, al menos la de la Biblioteca de México, que es una de las que tienen más asistencia, revelan que la de adultos es de un 10%, en contraste con 90% de estudiantes. Los bibliotecarios debemos de hacer un inmenso esfuerzo para atraer a los adultos, pues para las bibliotecas públicas estas personas son tan indispensables como los libros, y debemos procurar encontrar un lector por cada libro que esté en los estantes, y proporcionar uno o más libros a los que lo soliciten. Esta identificación del libro con

el lector, este reconocimiento de las personas y las cosas como partes integrantes de las bibliotecas, puede definirse como un proceso de socialización. A ello contribuirán la comodidad y buenas condiciones de las salas de lectura, el préstamo a domicilio, las bibliotecas circulantes, la adquisición de los medios audiovisuales necesarios para la vida moderna y las nuevas tendencias de la educación, las conferencias y exposiciones, las facilidades para que las personas que lo deseen puedan reunirse en la biblioteca con fines educativos, sociales o recreativos. Pero sobre todo, la posesión de una extensa y bien seleccionada colección de libros y el buen trato y comprensión del personal respecto a los lectores, a fin de que a cualquiera que se acerque a la biblioteca, se le haga sentir que ésa es su casa, que allí tiene un amigo en cada libro y en cada uno de los miembros del personal.

No se terminaría si se dijera todo lo que las bibliotecas públicas necesitan para el futuro, todo lo que nosotros deseamos para ellas y lo que tenemos en mente hacer si nuestros medios lo permiten, que es también lo que están procurando nuestros compañeros en otros países: empeñarnos en que los mejores medios educativos en las escuelas de bibliotecarios pongan término a la crisis humana en las bibliotecas, y que la mecanización de los trabajos cooperando con el esfuerzo personal, los haga más eficientes y rápidos, para mejor servicio al público y continuo progreso de nuestras instituciones.

MARÍA TERESA CHÁVEZ CAMPOMANES

Directora de la Biblioteca México